

hombre mas cruel del mundo. No conozco en su alma otra fuerza que aquella inflexible rigidez con que exige que todo se rinda á su voluntad versatil: razones, opiniones, sentimientos, todo debe estar, en ciertos momentos, subordinado á sus luces; y yo le he visto envilecerse con sumisiones y bajezas, antes que sobrellevar la injuria de la oposicion ó la contradiccion. Si ahora se empeña en descubrir los secretos de la naturaleza, lo hace porque esta no debe ocultarle nada. Sobre todo aborrece á Dion porque es opuesto en ejemplo y en dictamen.

El fin de su destierro y el mio pedia yo en vano; cuando la guerra, que volvió á encenderse, ocupó la atencion de Dionisio. No teniendo entonces ningun pretexto para detenerme, consintió en mi partida: á cuyo efecto hicimos una especie de tratado: yo le prometí volver en ajustándose la paz; y él me ofreció que levantaria el destierro á Dion por el mismo tiempo. Luego que aquella se verificó, nos avisó puntualmente, solo que escribió á Dion que no volviese hasta pasado un año; y á mí que acelerase mi viage. Respondíle inmediatamente que mi edad no me permitia exponerme á los riesgos de tan largo viage; y que una vez que faltaba á su palabra, quedaba yo libre de la mia. Esta respuesta no desagradó menos á Dion que á Dionisio. Yo estaba ya resuelto á no volverme á mezclar en

sus negocios; pero esto mismo hacia que el rey se obstinase mas en su proyecto; y así mendigaba empeños de todas partes; me escribia sin cesar; y hacia que me escribiesen mis amigos de Sicilia, y los filósofos de la escuela de Italia. Arquitas, que está al frente de estos, fué á ver al rey, y me escribió lo mismo que confirmaban otras cartas; es á saber, que el rey se hallaba de nuevo inflamado en el amor á la filosofía, y que expondría yo á los que la cultivan en sus Estados, si no volvía cuanto antes. Dion, por su parte, me atormentaba con reiteradas instancias.

El rey no le mandará jamas volver, porque le teme: jamas será filósofo, pues solo quiere parecerlo; pero creia que á los ojos de los que lo son verdaderamente, podría mi viage aumentar su consideracion, y perjudicarle mi indiferencia: este es todo el secreto del ahinco con que me busca.

Sin embargo no me pareció que debia oponerme á tantos dictámenes reunidos contra el mio; y acaso algun dia se me hubiera censurado que habia abandonado á un principe joven, que por segunda vez me pedia la mano para salir de sus extravios, que habia entregado á su furor los amigos que tengo en aquellas regiones lejanas; y desatendido los intereses de Dion, á quien de largo tiempo me unian los vinculos

de la amistad, de la hospitalidad y del reconocimiento. Sus enemigos habian logrado que le secuestrasen sus rentas: perseguíanle para excitarle á la rebelion; y aumentaban los agravios del rey, para hacerle inexorable. Dionisio me escribió en estos términos: « el asunto de Dion « será lo primero que tratemos: pasará por todo « lo que queráis, y espero que no querreis sino « lo que sea justo. Si no venis, jamas lograreis « nada en favor suyo. »

Yo conocia bien á Dion: su alma tiene toda la elevacion de la virtud: habia sufrido pacificamente la violencia; pero si á fuerza de injusticias llegaban á humillarle, habian de correr torrentes de sangre para lavar semejante afrenta. Reune en sí la magestad del semblante, y las mas eminentes calidades del entendimiento y del corazon: posee en Sicilia inmensas riquezas; en todo el reino, parciales sin número; en la Grecia, una reputacion que traeria á sus órdenes los mas valientes guerreros. Yo previa males enormes que iban á caer sobre la Sicilia, y tal vez estaba en mi mano evitarlos ó suspenderlos.

Me fué muy penoso volver á dejar mi retiro, é ir, casi á los setenta años de mi vida, á arros-
trar á un déspota altivo, poseido de caprichos tan tempuestuosos como los mares por donde tenia que pasar; pero no hay virtud sin sacrifi-

cio, ni filosofia sin práctica. Espeusipo se ofreció á acompañarme, y acepté su oferta con la esperanza de que las gracias de su ingenio seducirian al rey, si la fuerza de mis razones no podian convencerle. Partí al fin, y llegué á Sicilia con toda felicidad*.

Dionisio dió muestras de suma alegría, igualmente que la reina y toda la familia real. Tenianme dispuesta una habitacion en el jardin del palacio. En la primera conversacion que tuvimos, le hice presente que, segun lo que teniamos pactado, debia acabarse el destierro de Dion, desde el punto en que yo volviese á Siracusa; á lo cual exclamó: Dion no está desterrado; yo no he hecho mas que apartarle de la corte. Tiempo es, le respondí, de que se acerque á ella, y restituirle sus bienes que están en manos de unos administradores poco fieles. Estos dos puntos ocasionaron muchos debates, y nos llevaron muchas sesiones: en los intermedios me hacia particulares distinciones y regalos, con la mira de que se entibiase el celo por los intereses de mi amigo, y aprobase su desgracia; pero yo no quise admitir unos beneficios que habian de comprarse á costa del honor y de la amistad.

Cuando llegué á explorar el estado de su alma, y sus disposiciones acerca de la filosofia, solo

* Al principio del año 561 antes de J. C.

me habló de los misterios de la naturaleza, y sobre todo del origen del mal. Habia el rey oido decir á los pitagóricos de Italia, que yo me habia dedicado por mucho tiempo á este problema, y esto fué uno de los motivos de desear mi pronto regreso. Púsome en la precision de exponerle algunas de mis ideas, que no me cansé en declarar con extension; y confieso que el rey no lo deseaba tampoco, pues solo queria hacer alarde de algunas débiles resoluciones que habia sonsacado á otros filósofos.

En tanto yo volvia siempre á instar aunque siempre inútilmente, sobre mi objeto principal de efectuar entre Dionisio y Dion la reconciliacion tan necesaria al bien de su reino; hasta que al fin tan cansado de mi importunidad como lo estaba él mismo, me empezó á pesar el haber hecho un viage tan penoso y con tan poco fruto. Estábamos en el estío; y deseando aprovechar de la estacion para volverme, le declaré que no podia continuar en la corte de un principe que persiguia con tanta vehemencia á mi amigo. En vista de esto usó de toda especie de seducciones para detenerme, y por último me prometió una de sus galeras; pero como él era dueño de retardar los preparativos, resolví embarcarme en la primera nave que saliese.

Des dias despues vino á mi aposento, y me

dijo: « la única causa de nuestra desavenencia es
« el asunto de Dion, y es preciso ponerle fin.
« Todo lo que por complaceros puedo hacer en su
« favor, es esto: Dion permanecerá en el Peloponneso hasta que se convenga en el tiempo
« preciso de su venida entre él y yo, vos y vuestros amigos. Dion ha de daros palabra de no
« emprender cosa alguna contra mi autoridad;
« la ha de dar tambien á vuestros amigos y á los suyos, y todos juntos me saldreis fiadores de
« ella. Se trasladarán á la Grecia sus caudales, y
« serán entregados á los depositarios que vos
« nombreis: percibirá los intereses de ellos, sin
« tocar al capital sin vuestro conocimiento; por-
« que yo no estoy satisfecho de su fidelidad hasta
« el punto de dejar á su disposicion tantos medios de hacerme daño. Al mismo tiempo exijo
« que esteis conmigo un año todavía; y cuando
« marcheis, os daremos el dinero que tengamos
« suyo. Espero que quedará contento con este
« convenio. Decidme si os acomoda. »

Este proyecto me afligió. Pedí veinte y cuatro horas para examinarle; y despues de haber pesado las ventajas é inconvenientes, le respondí: que aceptaba las condiciones propuestas, con tal que las aprobase Dion. En consecuencia se decidió que ambos le escribiríamos cuanto antes, y que entre tanto no se haria ninguna novedad en cuanto á sus haberes. Este era el segundo tratado que

haciamos los dos, y no se guardó mejor que el primero.

A este tiempo se habia pasado la estacion de navegar, y ya habian salido todas las naves. Yo no podia fugarme del jardin sin ser visto de la guardia que custodiaba la puerta. El rey, dueño de mi persona, no cuidaba de reprimirse; y asi me dijo un dia: «hemos olvidado un artículo esencial, y es que no se debe enviar á Dion mas que la mitad de su caudal; y la otra mitad la reservo para su hijo, de quien soy el tutor natural, como hermano de Aretes su madre.» Yo no le respondí sino que era menester aguardar la respuesta de Dion á la primera carta; y escribirle otra para participarle esta novedad.

Entre tanto procedia Dionisio sin pudor, dissipando los bienes de Dion: parte de ellos los vendió como quiso, y á quien quiso, sin dignarse de hablarme de ello, ni escuchar mis quejas. Mi situacion era cada dia mas penosa; y un accidente imprevisto aumentó el rigor de ella.

La guardia del rey, indignada porque queria disminuir la paga de los veteranos, se presentó amotinada al pie de la ciudadela, cuyas puertas estaban cerradas. Las amenazas, los gritos belicosos, y los preparativos para el asalto, le intimidaron de modo que concedió mas de lo que le pedian. Heráclides, de las primeras fami-

lias de Siracusa, fué sospechado vehementemente de ser el autor del motin; por cuyo motivo se huyó, y se valió del crédito de sus parientes para borrar la impresion que habia quedado en el ánimo del rey.

Pocos dias despues de este acaecimiento, estando paseándome por el jardin, vi entrar en él á Dionisio y Teodoto, á quien habia enviado á llamar: estuvieron hablando un rato; y habiéndose acercado á mí, me dijo Teodoto: «he alcanzado del rey que permita á mi sobrino Heráclides venir á justificarse; y que si no es de su agrado que permanezca en sus Estados, pueda retirarse al Peloponeso con su muger, sus hijos y el usufructo de sus bienes. En consecuencia de esta gracia he escrito á Heráclides que venga, y voy á volverle á escribir. Ahora pido que pueda presentarse, sin riesgo, así en Siracusa, como en sus cercanías. ¿Consentis en ello, Dionisio? — Consiento en ello, respondió el rey; y ademas puede estar en vuestra casa con toda seguridad.»

A la mañana siguiente entraron en mi aposento Teodoto y Euribio, y en sus rostros se veia el dolor y la consternacion. «Platon, me dijo el primero, ayer presenciasteis la promesa que me dió el rey; y ahora acaban de decirnos que hay soldados repartidos por todas partes, para buscar á Heráclides, y prenderle.

« Tal vez estará ya de vuelta , y no hay un instante que perder: venid con nosotros á palacio. » Yo los acompañé, y luego que estuvieron en la presencia del rey, quedaron inmóviles, deshaciéndose en lágrimas. « Temen , dije yo al rey, que á pesar de lo que ayer habeis prometido , no corra Heráclides algun riesgo en Siracusa; pues se presume que haya llegado. » Dionisio ardiendo en ira, mudó de color: Euribio y Teodoto se echaron á sus pies, y en tanto que bañaban con sus lágrimas las manos de Dionisio, dije yo á Teodoto: « sosegaos; el rey no es capaz de faltar nunca á la palabra que nos ha dado. — Yo no os he dado ninguna, me respondió con ojos enfurecidos. — Y yo, repliqué, pongo á los dioses por testigos, de que habeis dado la que piden se cumpla. » Dicho esto, le volví la espalda, y me retiré. Teodoto no tuvo mas recurso que avisar con sigilo á Heráclides, quien pudo librarse, aunque con trabajo, de caer en manos de los soldados.

Desde entonces no guardó Dionisio ningun miramiento: continuó con ahinco en su proyecto de apoderarse de los bienes de Dion: me mandó salir de su palacio, prohibiéndome severamente el trato con mis amigos, y la entrada cerca de su persona: yo no oía hablar mas que de sus quejas, de sus resentimientos y de sus amenazas: si por casualidad le veía, tenía que

sufrir mil dicterios amargos y burlas indecentes; porque los reyes, y á su imitacion los cortesanos, están sin duda creidos en que su favor es lo único que constituye nuestro mérito, y así dejan de apreciar á los que dejan de amar. Al mismo tiempo tuve aviso de que mi vida estaba en peligro; y en efecto parece que algunos satélites del tirano habian divulgado que me arrancarían la vida si llegaban á encontrarse conmigo.

En este estado hallé modo de poner en noticia de Arquitas y demas amigos de Tarento mi situacion. Antes de mi llegada les habia dado Dionisio su palabra de que yo podria salir de Sicilia cuando lo tuviese por conveniente, y ellos habian salido garantes de ella con la suya. En esta ocasion la invoqué, y al punto llegaron diputados de Tarento, quienes despues de haber cumplido la comision que servia de pretexto á la embajada, alcanzaron por fin mi libertad.

Al volver de Sicilia, desembarqué en Elide, y fui á los juegos olímpicos, donde Dion me habia prometido que se hallaria. Dile cuenta de mi comision, y para acabar le dije: juzgad vos mismo del influjo que tiene la filosofia en el alma del rey de Siracusa.

Indignado Dion de la afrenta que de nuevo habia recibido en mi persona, exclamó resuelto: « no es la escuela de la filosofia adonde se debe llevar á Dionisio, sino la de la adversidad, y

« voy á abrirle el camino. — De esa manera, le
 « respondí, mi comision está concluida. Aun
 « cuando mis manos estuviesen todavía en es-
 « tado de tomar las armas, no lo haria contra
 « un principe, con quien he vivido, teniendo
 « en comun la misma casa, la misma mesa y los
 « mismos sacrificios: que cerrando los oidos á
 « las calumnias de mis enemigos, conservó una
 « vida de que podia disponer; á quien he pro-
 « metido mil veces que jamas coadyuvaria á
 « ninguna empresa contra su autoridad. Si llega-
 « se el dia en que reducidos uno y otro á miras
 « pacíficas, necesiteis de mi mediacion, os la
 « ofreceré con el mayor gusto; pero mientras
 « mediteis proyectos de destruccion, no espe-
 « reis de mí ni consejos ni auxilios.

Tres años he logrado mantenerle indeciso con diversos pretextos; pero ahora acaba de declararme que ya es tiempo de volar al socorro de su patria. Los principales habitantes de Siracusa, cansados de la servidumbre, solo esperan su llegada para romper el yugo. Yo he visto sus cartas: no piden ni tropas, ni naves, sino su nombre que los autorice, y su presencia que los reuna. Tambien le participan como no pudiendo su esposa resistir por mas tiempo á las amenazas y al furor del rey, ha tenido que contraer nuevo himeneo. Las cosas han llegado al extremo: Dion vuelve al Peloponeso: alli levantará

tropas; y en estando concluidos sus preparativos, pasará á Sicilia.

Tal fué la relacion que nos hizo Platon. Nosotros nos despedimos de él, y al dia siguiente partimos para Beocia.

